Madrid 19 Enero 1913

Año II.—Núm. 5

EL GRAN BVFON

Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.

Azulejo.

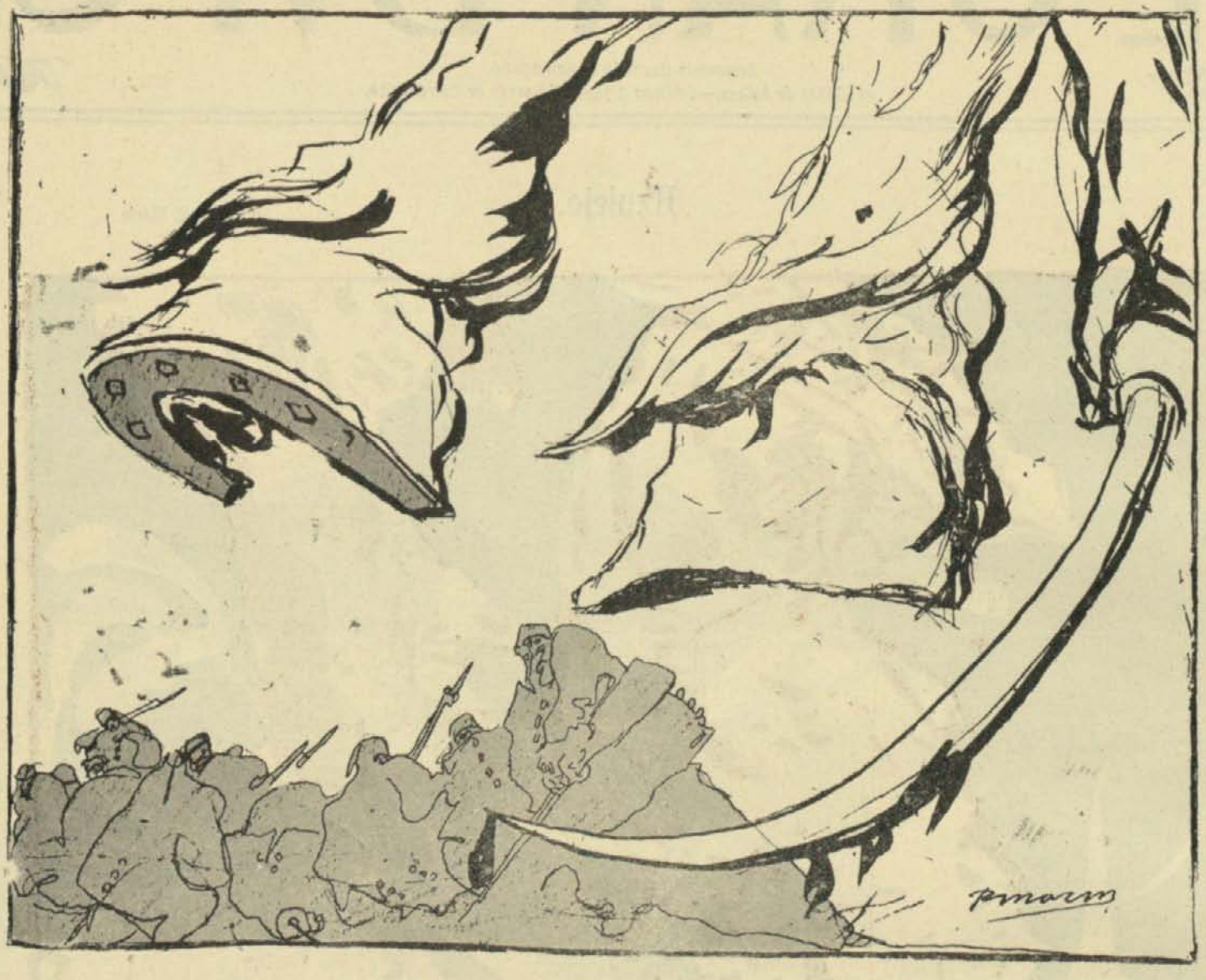
Dibujo de R. Marín.

La Fiesta de San Antón.

20 céntimos.

© Biblioteca Nacional de España

El derecho internacional.



La señora diplomacia no se calienta mucho los cascos, la verdad...

Dejad tranquilos yacer...

Lo mejor que puede hacerse con los muertos es dejarlos tranquilos. Ya sabían ellos lo que se hacían cuando se murieron. Las sesiones académicas necrológicas, las veladas en honor de los difuntos, los recuerdos poéticos y literarios son lo más ocasionado del mundo á poner en ridículo al mismo á quien se pretende honrar y enaltecer.

Hay panegirista necrológico, verdadero abogado del diablo, que, con la mejor intención, y como gracias del difunto, se complace en señalar todas las rarezas, debilidades y defectos que le adornaron en vida.

Claro es que á la Historia se le debe toda la verdad. Pero bueno es, pues, que la verdad ha de perderse al cabo, entre los laberintos del tiempo y la memoria de los hombres, que más la desfiguren los resplandores de la leyenda, que las sombras de la chismografía menuda contemporánea.

Yo he asistido á varias sesiones de estas en honra de muertos ilustres; no recuerdo ninguna en que el difunto no haya salido trompicado.

En el pasado día 12 del corriente, amigos y admiradores de Verlaine, después de ofrendar flores al pie del monumento, que se alza en los jardines de Luxemburgo, conmemorativo del admirable poeta, fueron á reunirse en fraternal almuerzo, para seguir honrando al difunto.

Todo iba bien; presidía Mr. Lepelletier; asistían Pablo Fort, príncipe de los poetas; Ryner, príncipe de los cuentistas, y no sé cuántos príncipes más de aquella república de las letras francesas. La republicana Francia tiene un príncipe de cada cosa.

Asistían también bellas escritoras; dos palabras que no pueden juntarse siempre sin descarada mentira.

A los brindis, un Mr. Natanson, banquero de profesión—¿quién le habría engañado para meterse en aquella galera literaria?—entonó un himno á la riqueza... Protestas de la bohemia literaria, insultos, botellazos... El tumulto fué espantoso... Hubo desmayos, ninguno de las escritoras...

Se cambiaron tarjetas; en vano Pablo Fort quiso poner paz en las almas recitando versos del divino poeta... Sobre las aladas estrofas era un tiroteo de voces roncas: *¡Voyou! ¡Cochon!*

El banquero chorreaba sangre á consecuencia de un botellazo. Mme. Rachulde recordaba á todos que el agredido, á pesar de su condición de hombre adinerado, había sido siempre un protector de las letras, y gracias á sus auxilios pecuniarios habían logrado vida regular algunas revistas literarias... Nadie la escuchaba.

Alguien lanzó la terrible palabra *¡Dreyfus!* El escándalo subió de punto...

Cuando el cansancio más fuerte que la razón se sobrepuso, el rey de los poetas, con lágrimas en los ojos, exclamó: ¡No volvamos á reunirnos nunca para recordar á Verlaine... Somos indignos de honrar su memoria! ¿Qué pensará de nosotros el poeta de toda dulzura?

Entonces, otro poeta se acercó á Pablo Fort y le dijo... Y esta fué la palabra de paz definitiva:—No os apuréis por Verlaine. Con la vida que llevó y los lugares que él frecuentaba no creo que se hubiera espantado al ver cómo honrábamos su buena memoria...

De cualquier modo. ¡Pobres poetas muertos! Dejémosles tranquilos. Una oración, una lectura de sus poesías con recogimiento espiritual es el mejor homenaje. Por algo Shakespeare, que conocía á los hombres y á los literatos, conminó con terrible maldición á los que removieron sus huesos.

Jacinto Benavente.

El Dios grande.

Los caballitos.

El caballo de hoy es peculiar, exclusivo de nuestra época, hijo de la civilización moderna, producto de la evolución que á todo alcanza y todo muda.

El caballo de las historias naturales y la poesía fué de otros tiempos.

Allá en la pampa virgen, grupos de potros jóvenes retozaban en la tierra con los cascos, jugando con robusta salud de buitres fuertes, huyéndose y atropellándose, trotando, galopando. Agitada la crin, avizor las orejas, es-

© Biblioteca Nacional de España

pumajeante el belfo, un relincho de libertad resonaba por las selvas bravías.

Ese animal no existe: sintió la espuela del pampero, fué sometido á esclavitud y á bajos menesteres de asno. Era rey y sufrió el dominio del hombre.

Ya esclavo, sufriendo en los ijares el castigo, tuvo aún días gloriosos: hubo caballos corredores y esbeltos que atravesaban los arenales de la Arabia levantado nubes de polvo y revolando el alquicel de su jinete. Eran felices porque sabían que en su galopar vertiginoso un poema de gallardía creábase sobre la llanura calcinada.

Pero esto ya pasó: esos caballos Dios sepa adónde fueron: sus descendientes tiran de las norias ó penden de los ganchos en las carnicerías hípicas. Pasaron.

Y aquel romántico caballo andaluz del cuello en arco, que trotó por las serranías, ha muerto—ya jamelgo—en los toros

El caballo de hoy tiene otra figura, otro organismo, otro modo de conducirse y distinta significación que el de antaño.

No son siquiera esos selectos ejemplares que se abrigan con mantas, comen terrones de azúcar de manos de lord, son abrazados por los brazos suaves de las damas de la vida (de la alta vida, de la *high-life*) y vuelan en la pista, casi horizontales, como flechas, llevando sobre el espinazo un insecto con blusa, que se infla al correr—y gorra de colores.

Los de hoy son de acero, minúsculos, tienen las patas distendidas, un eje de hierro en el vientre, y al menor mandato de un resorte que es su destino giran veloces, se confunden y borran, esfumados por la velocidad.

En su derredor, la humanidad con los rostros hacia ellos tendidos, la expresión ávida, los ojos desorbitados, los tendones del cuello tensos, el pecho hacia delante, y las manos sobre la riqueza esparcida delante de sí, muestran el confortador y noble espectáculo de una multitud unánime y unida por un mismo interés. La apatía, la desatención, la indiferencia, la distracción y la frivolidad, todo lo que mata los grandes impulsos y obstaculiza el camino del progreso espiritual es ajeno á ellos; allí atención, tenacidad, emoción, paciencia, lucha interior...

Una devoción los une y un Dios supremo y tutelar los protege. Para entrar en su templo no se exigen títulos ni prerrogativas; el creyente llega y es admitido: hablan los sacerdotes con litúrgica solemnidad las palabras consagradas del rito; los devotos lacónicos, responden; giran los caballitos en medio de silencio religioso, y el que no recibió dos en la cuna es ensalzado por virtud de ese gran Dios que en su justicia es misericordioso.

¡Hagan juego!...

¿Usted, lector, se exprime los sesos infructuosamente? No se apure. Aquí no hace falta valer; corrige el Supremo lo que la providencia olvida. Apunte: verá... El mascarón aquel de las bolsas en los ojos, los ojos verdes, los pechos pintarrajeados y los brillantes gordos pone en el tapete sus doblas, y, al cabo de dar vueltas, va á parar al bolso de un pobre músico de manubrio que no tiene más fortuna que su pantalón de odalisca y lo que puede ganar con las labores propias de su sexo... Apunte, ¿qué hace usted? ¿versos? Apunte á ese caballo de las alas... Hagan juego... ¿Vé? Usted gana: una boda... Apunte: gana: un consulado... Apunte: gana: tres libros... Apunte: ganó otra vez: la gloria. ¡A otro!

Usted... ¿Ladrón? ¿Imbécil? ¿Sin un cuarto? ¿Quiere ser político? Bien. El Supremo vela por los desamparados. Apunte... Espere... ya: secretaría de ministerio... Apunte: libro con prólogo de eminencia... Apunte: diputado... Apunte más: ministro... Apunte: presidente. Ya puede usted retirarse á casa ó lo que quiera: de todos modos será célebre.

Pasen... Vengan... Hagan juego. El que nada tiene no pierde... Todo el que nada tiene, gana. Las niñas del gabán de pieles de conejo y el sombrero de factura casera se encuentran en un pasillo obscuro con un senador que vendió negros: apuesta, tiene suerte, gana, y pasa á ser senadora y madre de ministros.

A ese que tiró al azar una bala le cupo en suerte herir por la espalda á otro, y se hizo el amo. A ese otro que sembró una pipa de calabaza, le tocó un chico; y como era rey creó un escudo nobiliario y un pretendiente á la corona...

Aquél... Aquél... Aquél...

Quien más pone más pierde en este juego simbólico de nuestra época.

Hagan juego, señores.

Los caballistas, giran. La humanidad toda se interesa en el girar y los impulsa con su hálito.

Unicamente alguno que otro pulcro y correcto como su pechera de frac contempla el espectáculo con desdén...; alguna mujer muy elegante, muy embriagadora, derrama con sus manos ensortijadas el oro, sin ocuparse de él, echando atrás el rostro y dando los labios, chorreando champagne, á un mozo rubio.

Hagan juego, señores. En la otra vida convertiremos el anillo de Saturno en inmensa ruleta...

¡No va más!

Manuel Abril.

El cochero: – ¿Y no te emborrachas de beber tanta gasolina?
El chauffeur: – ¿Y á ti? ¿No se te indigesta la paja?
El otro animal: – ¡Lástima de par de coces!

La mirada del burro.

La mirada de gaviláu, desconcertante, de Julio César. La mirada de acero, de Napoleón. Las pupilas metálicas, verde y negra, de Alejandro el Macedónico. La mirada de pantera fatigado de Sarah Bernard. La fuerza eléctrica de los ojos de Zacconi. La serenidad griega de los globos oculares de Talma. La mirada fantasmal de una gitana loca. Las pupilas de fogarata en la noche, de Niestche. La mirada rasante, ensombrecida y genial de Von Beethoven.

Miguel Angel, Leonardo, el Galileo: esto es, la mirada del mar; la sensación misteriosa de pupila que hay siempre detrás de una llanura; esa otra mirada inquietante que nos persigue siempre cuando caminamos en la soledad de la noche.

Respetuosamente digo que hasta aquí llega la mirada del genio.

Ahora empieza la mirada del genio invertido: es decir, la mirada del político, del académico, del tirano, del abogado, del obispo...

Entre éstas, la mirada del burro es la más noble. Las ojeras de un burro dan un tinte romántico á su mirada que hacen supremamente simpático al jumento. Todo burro es un grande hombre; esto es vergüenza de que la mayor parte de los grandes hombres son unos burros.

El burro se fija, observa. Se halla apesadumbrado de que su condición le fuerce á llevar, en verano, tanto bañista imbécil, de jira.

© Biblioteca Nacional de España

Después de la tragedia.

Dibujo de Marín.

El caballo: ¡Lo que es la vida! *Antes me entraban la paja por la boca y ahora por el vientre...*

Y sobre todo, le ofende que se diga de cualquier académico articuado: «ése es un burro». ¿No sería lo mismo que se dijera que es una cafetera?

El burro es un animal calumniado.

No hay que darse por aludido.

Cualquier orador rápido, galano y caudaloso podría buscarme una cuestión grave por lo que acabo de decir; pero si la cuestión fuera personal yo le pediría permiso á mi aguador para poner á su burro frente á frente de mi enemigo. Yo le tengo un miedo indiguo á ese solemne animal que se llama estadista.

El burro, como el chulo, es triste. Su tristeza consciente—aquí falla el chulo—nace de su comprensión del secreto de la vida. El burro cree en el misterio del más allá de sus narices; esto indica que carece de vanidad: tiene la grandeza de hallarse predispuesto á creer lo que no ha visto: este es el principio de la sabiduría. Un sabio con imaginación se llama Cajal, Simarro, Marconi, Doyen... Un sabio sin imaginación se llama erudito. El burro es más que el erudito.

La mirada del burro tiene horizonte, y, por tanto, poesía. Esas burras blancas, de ojeras y narices sonrosadas, tienen mirada de dama de las camelias.

Esos burros negros, solemnes, inmóviles, tienen mirada de predicador.

En todo hombre hay un burro. Yo me complazco de esta fraternidad. Me avergüenzo, en cambio, de la fraternidad con otros hombres orgullosos, huecos: personajes eminentes absolutamente irracionales.

Un burro no presume de nada: es en esto el antípoda del opositor y del especialista en artículos de fondo.

A un burro no se le puede aplicar nunca la palabra infame de *preopinante*. Porque un burro no habla: piensa. Al contrario de casi todos nosotros.

El burro tiene de común con el estadista, el rebuzno; con el historiador, la mirada.

La mirada del burro es serena, algo apagada, inteligente y triste: es la llama latente y violácea del juicio. No es la mirada del héroe, es la mirada comprensiva del confesor.

¡Ah, mi querido Simplicissimus! ¡Cuánto ganaría la civilización si la humanidad estuviera formada *efectivamente* de burros!

P. Iglesias Hermida.

Bufonadas críticas.

La inundación de la casa Iturrioz.

A mi querido amigo Iturrioz le ha ocurrido una desgracia horrible, estupenda, que no sabemos á qué pueda deberse: si á las recientes lluvias ó á la necesaria demostración de que «no sólo de marcos, grabados alemanes, tanagras y gárgolas vive el hombre».

Figuraos que sus dos salones de la calle Fuencarral, el grande y el pequeño, se le han inundado estos días.

Y no se crea que una inundación sin importancia. ¡Ca! Es nada menos qce de Martínez Abades.

Lo advierto para que no entren ustedes allí sin escafandra, capote de hule ó por lo menos con chanclos y un ejemplar de *Marina* en el bolsillo.

Yo estuve el otro día y por poco me ahogo.

Menos mal que Iturrioz me iba guiando á través del temporal y en vez de decir: «á ver, colocad ese cuadro más alto» ó «ese paisaje no tiene buena luz» decía: «viento tres cuartos nordeste» ó «á ver esa colcha de los cabos», «virar por avante» y «cuidado con el sotavento».

La primera palabra que me dijo fué:

—Hola.

Y yo me puse á cantar:

«Dichoso aquel que tiene
su casa á flote».

No faltaba más que la inauguración oficial

© Biblioteca Nacional de España

La yunta.

Dibujo de Marín.

Cuando el amo no te guía—eres fuente de pobreza.—Tu amor es sólo el amor—del que se agarra á tu tierra.

con un discurso de D. Amalio Gimeno para creerlos en las costas de Levante ó en las orillas del Cantábrico. Fuera en la calle un hombre voceaba á diez céntimos el cartucho de quisquillas.

¿Quién no se humedece, digo, se emociona ante una Exposición semejante?

Ustedes saben cómo pinta Martínez Abades.

Saben que un número de *Blanco y Negro* con una marina de Abades, un paisaje andaluz de García Rodríguez, una fotografía en colores de Fugairiño y una caricatura de Sotaes un número redondo. Y no aludo al cero precisamente.

Pues bien: Martínez Abades contemplado así, en conjunto, es una cosa... para odiar á la Trasatlántica ó á la Agencia Cook.

Yo no creo que haya puesto de tal modo en ridículo al mar á no ser con el *Vals de las olas* ó con los efectos de luna de Gómez Gil.

También en esta exposición hay efectos de luna muy parecidos al caramelo. No faltan las rocas de chocolate, las montañas de corcho y esas olas espumosas y rizadas que parecen los boas blancos anteriores á estos *renards* que ahora llevan las damas.

Al Sr. Martínez Abades le ha debido pasar algo bañándose ó pescando en caña, cuando tan mal quiere al mar.

Yo no recuerdo ningún cuadro suyo que me hiciera sentir esa emoción dulce, suave de las olas «muriendo á mis pies» ó la loca y aventurera inquietud de los horizontes.

© Biblioteca Nacional de España

Después de todo el Sr. Martínez Abades tiene perfecto derecho á hacer aguas. No seré yo quien se lo discuta.

Lo único que hago es decir que le ha estropeado al amigo Iturrioz los dos Salorcitos.

Antes siquiera quedaba el recurso de huir de la lluvia metiéndose dentro de la tienda á contemplar grabados ó «bellas desconocidas» de Donatello y «conocidas» de Bartolozzi; pero ahora ni eso. Se moja uno más dentro que fuera.

Y menos mal que las invitaciones están impresas en papel secante.

Los concursos del Círculo.

El Círculo de Bellas Artes acaba de anunciar dos concursos. Uno para los humoristas y otro para los artistas que les guste pintar cabezas de muchachas jóvenes.

Claro que esto de las muchachas jóvenes es una opinión mía. Porque no concibo que se pinten esas cabezas rugosas con los cabellos blancos y los ojos apagados.

Una Exposición de cabezas de mujeres ha de ser agradable, simpática juvenil, porque para algo hemos venido á este mundo.

Yo tenía un amigo que cuando se encontraba á una mujer vieja la decía:

—Pero señora, ¿cuándo se muere usted?

Tenía razón. Las viejas deben pintarse ellas solas.

Y como á esto de los concursos sólo acuden los jóvenes incautos es natural que empleen sus pinceles en mocitas más ó menos vírgenes ó en jamonas de trapío que en ancianas como algunas artistas de varietés.

En lo que ya no estoy conforme con el Círculo es en cierta cláusula de su convocatoria del concurso humorístico. ¿Por qué se han de excluir las historietas ó la caricatura personal?

La tradición de la historieta se va perdiendo en España, y es lástima, la historieta aguza el ingenio, hace casi literaria á la caricatura y sobre todo entretiene al público.

Dándole historietas buenas se le enseñaría á no aburrirse con la historieta mala. Esto es casi un aforismo.

Y en cuanto á la caricatura personal me parece la aristrocacia del género. Acostumbrándose á ver el natural, á desentrañar problemas de expresión ó de simplificación lineal se adiestra la mano del caricaturista.

A no ser que se haya querido molestar á los queridos compañeros que cultivan ese género. Esto sería una razón. El derecho de molestar al vecino es una obligación de todo artista.

En fin, esperemos á ver los originales presentados y veremos á ver los premios. Porque en esto de los concursos de caricaturas... ¡se ve cada cosa!...

Pablillos de Valladolid.

Renglones de una excéntrica.

Amigos míos: En vista de que continuamente me favorecéis con epístolas que me sería muy grato contestar particularmente si mi condición de hija de familia no me lo impidiese, y no queriendo dejarlas sin respuesta, voy á hacerlo de cuando en cuando para que no creáis que soy una niña mál educada.

Alberto Mydear.—Un hombre que, como tú, empieza por confesar que es *bastante feo*, no tiene derecho á pedirme una entrevista. Mi estética me impediría escucharte con atención. Haces bien en creer en mí, porque Dios dijo *que los que no creyesen no se salvarían*; pero confórmate con admirarme de lejos, porque los ídolos pierden su valor contemplados de cerca. Y eso que yo... ¡soy de oro!

Julio Martín.—Si te he de ser franca te diré que dificulto llegue á amarte algún día. Prueba, no obstante, mandarme bombones. Te aseguro que una caja de Suchard me ablanda más que diez declaraciones amorosas.

D. M. de R.—Sí, señora, conformes. Estamos en un siglo de perdición y de mala ortografía. El día menos pensado hace su aparición el ángel exterminador en la Puerta del Sol, y á la primera persona que hace gigote es á usted, por cursi. ¡Vaya una carta más incoherente la suya! ¡Qué tiene que ver mi sicalipsis con la dominación romana, la decadencia griega y la invasión de los godos!

¿Conque mis artículos harían ruborizarse á un capitán de Caballería? ¡Ah, señora! La virginidad de un capitán de caballería es, después del descubrimiento de América, el más hermoso que se ha hecho hace mucho tiempo.

¿Con que á mí debían darme dos azotes? Si se brinda á ello un guapo chico, no tengo inconveniente.

Sepa usted que mis crónicas no pueden escandalizar á nadie, porque desde mi himeneo con la civilización, la sociedad ha perdido el derecho á ser pudibunda. ¿Se entera usted? Bueno. ¡Ah! Y conste que godo se escribe con *g*.

Mohamed-ben-Semlali. (Melilla).—Léalo. No acostumbro á sostener correspondencia con gente ordinaria; pero haré una excepción en obsequio suyo para decirle que á pesar de venir de tierras africanas su carta me ha causado la misma impresión de frescura que si hubiere llegado directamente del Polo. ¿Es que ha pensado usted que yo estoy á disposición de todos mis adoradores? ¡Oh, desventurado! Entonces habría que echarme á la rebata. Cómo se iban ustedes á poner ¿verdad? Pero se quedan con las ganas. Claudina íntima *es pura como el aliento de los ángeles que rodean al Altísimo*, y no se llega á ella, ¡ni en aeroplano! Léalo.

Arturo Sierra.—Tú estarías muy bien en una fuente, trufado, y á ser posible, rodeado de gelatina; pero escribiendo á las excéntricas éstas, peor que Lerroux con mantón de Manila.

Julieta Blanch.—¿Conque le ha abandonado su novio? ¡Vaya por Dios! Mi consejo es que renuncie usted á él, y que se agencie otro Romeo en buen uso. Y no le tome usted cariño por si se va luego también. ¡Son tan malos los hombres! ¡Y lo peor es que no nos podemos pasar sin ellos!...

Angelillo.—Gracias por tu postal, que acredita tan mal gusto. Espérame estos carnavales; pero sentado en un buen sillón.

Carratalá.—¡Or-di-na-rio! No me cabe duda de que á usted le han hecho una cosa muy horrible, que si se dijese en un diario le costaría al director ciento cincuenta mil pesetas de indemnización.

Luisita Morán.—Mucho me complazco en aceptar su amistad y cuanto suyo pone á mi disposición. Tenga usted la seguridad de que aunque se case usted, jamás le pediré el marido en usufructo. Un beso muy apretado de su nueva amiga la alcoada y pizpereta Claudina.

—

Ya están contestados algunos de mis comunicantes. Otro día, y por orden riguroso de recibo, contestaré las restantes y las sucesivas. Advierto á aquellos que piensen dirigirse á mí, que las cartas que contengan atrocidades las romperé sin abrirlas, y que menos de política se me puede consultar de todo.

¡Animo, señores!...

Claudina Pegnier

El caballito del "Tío Vivo".

He aquí que yo he puesto en estos grotescos caballejos de madera la misma atención sentimental que un ganadero cordobés en su potranco más bravío.

El caballo del «Tío Vivo» es el ensueño. A sus duros lomos de madera recia, debemos todos más de una ilusión. Fijaos en que los buenos chicos verbeneros que gritan hasta enronquecer á compás del manubrio instalado en el centro del artilugio giratorio, se fingen á sí mismos caballeros en un maravilloso *pour sang*. Y ondulan sus cuerpos con el mismo ritmo sereno, noble é isócrono de un galope. Y miran con un poco de altivez á los que desde tierra ven pasar los caballitos ante sus ojos una y otra vez. ¡Oh, la fuerza imaginativa de los veinte años en pleno estío!

—

Todos hemos galopado alguna vez, bien estribados y bien erguidos á lomos de estas

© Biblioteca Nacional de España

bestezuelas de artificio, llevando al lado nuestro—á la diestra; á la siniestra—una mocita que, como nosotros mismos, tenía veinte años, y unos ojos llenos de luz. Entonces, como nunca, hemos erguido la cabeza con gesto emperador, hemos aprisionado bien los lomos del caballo con nuestras rodillas, y de cuando en cuando hemos llevado los tacones á los ijares de la cabalgadura. Y dejado caer levemente el sombrero sobre los ojos para librarnos de los rayos del sol. Y el sol eran unas panzudas lámparas de acetileno.

¡Pero qué importa! Con la moza al lado nuestro—la moza, la maga—bien podíamos fingir de la ruta el *Bois de Bologne*; de la linda mozuela con blusa de batista, una americana caprichosa; de aquellas cabalgaduras con churretes de mugre y despintadas y acaso sin orejas ó sin rabo unos corceles llenos de brío. Todo es cuestión de tener veinte años y de vivir en Junio, ¡oh, bien amado San Antonio de la Florida!

—

Como los más famosos *racers* tienen los caballitos del «Tío Vivo» un noble blasón; un abolengo rancio y heroico.

Ved:

El caballo de Troya de madera fué y parió héroes. He aquí la genealogía legendaria.

Esos caballos, que en los Museos substentan sobre sus lomos unos recios maniquíes con armaduras de héroes, de reyes, de conquistadores, forman un «Tío Vivo» que rodea al mundo. Aquí los caballos están quietos y giran los hombres. Pero es igual. Hernán Cortés y Jorge I son jinetes de este «Tío Vivo». He aquí la genealogía histórica.

Clavileño llevó á través de las nubes á Nuestro Señor D. Quijote, desde un aposento ducal. En cada verbenero hay caballero de la triste figura que imagina Dulcineas fáciles entre los tiestos de albahaca. He aquí la genealogía quimérica.

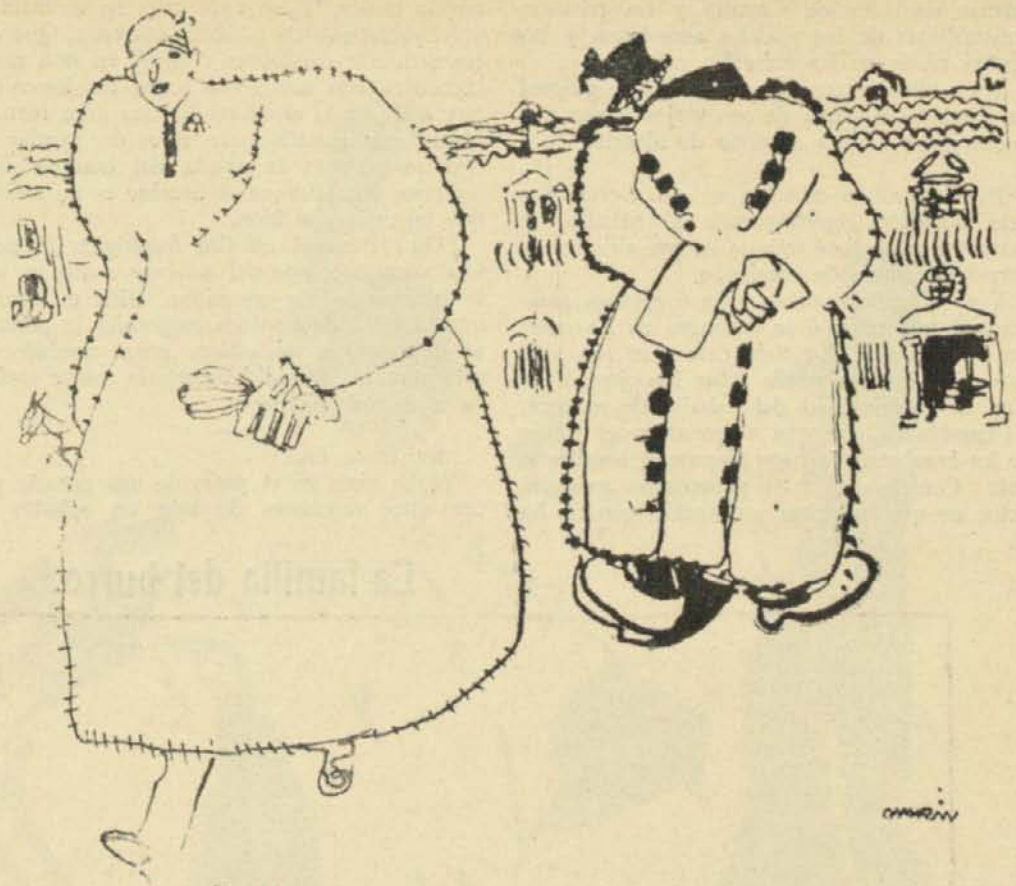
La más española...

El «Tío Vivo» refulge bajo las luces canallas de las verbenas. Unas luces intermitentes provisionales, que salpican las sombras y ocultan. Unas luces que marean un poco y evocan el recuerdo de las luciérnagas, de los fuegos fatuos y de los cohetes. Cohetes que no estallan nunca y han quedado como suspendidos de la rama de un árbol.

Refulge el «Tío Vivo» porque está adornado con unos espejos vidriosos y unos flecos de hilos de cristal y unos colofones de latón. Y todo esto, y el organillo desentonado que tiene unos paréntesis de silencio como si las notas de la mazurka se hubiesen dormido—y unas pinturas infantiles que le adornan—y esos letreros hiperbólicos que gritan sobre los tableros de las literas—¡A París! ¡A Londres! ¡A Roma!—dan al artilugio verbenero un extraño encanto de cosa salvaje.

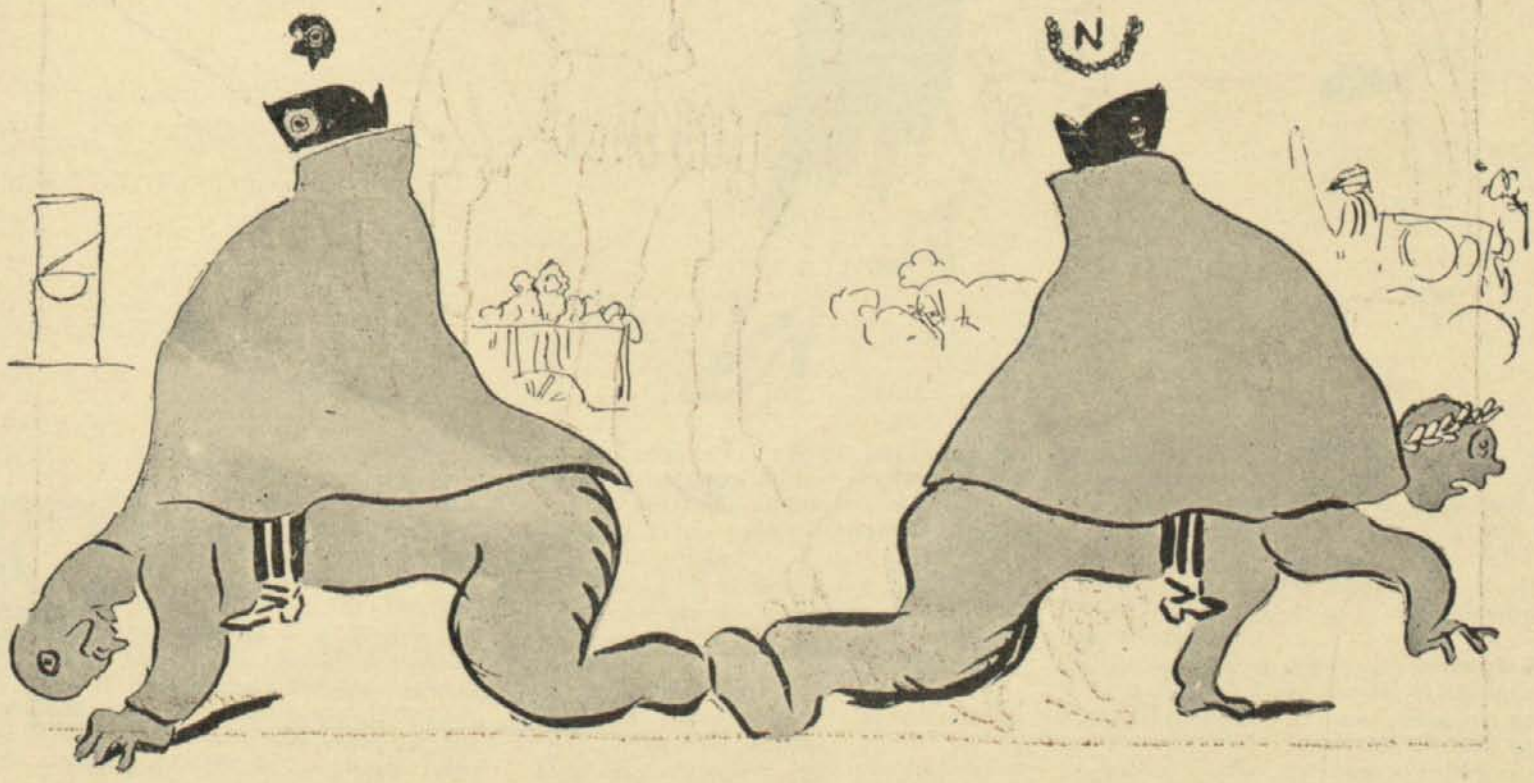
Y melancólico.

Porque pensáis que aquel mismo «Tío Vivo» ha dado vueltas en todas las ferias de España, y en que este organillo canalla, que canta ronco en San Antonio de Florida y en la pradera de San Isidro y en el paseo del Prado por la Virgen del Carmen, conoce las



El señorito: Hoy, por ser San Antón, no monto
El portero: (Volviéndose prudentemente.) ...¡Y se va á casa de la "Chanteuse"!

Los dos Napoleones ó el pueblo cabalgadura.



¿A qué ilustre tribuno podrá servirle de escudo nobiliario este dibujo andando el tiempo y parándose la cabalgadura?

© Biblioteca Nacional de España

rancias ciudades de Castilla y las tristezas melancólicas de los pueblos manchegos y las noches tibias de las romerías gallegas.

Y en todas partes este caballejo de guignol ha ofrecido la ruina de sus viejos lomos resquebrajados á unos minutos de alegría.

—

Este caballejo absurdo es en cierta manera superior genéricamente al caballo de carne y hueso. Este trabaja de por vida en un perpetuo cambio de condición.

Y en el epílogo de su vida ó agoniza amarrado á una noria ó se desangra en los cuernos de un toro. En todo caso vive sus últimos días con una venda sobre los ojos. Y he aquí la superioridad del caballo de madera. Ni cambia de oficio ni muere entre el júbilo de los hombres. Ya nace ciego v el hombre le guía. Con lo que naturalmente se evita el dolor de que le resten un sentido que no ha tenido nunca. Y en todo caso no es inferior al viejo caballo de la noria huertana. Que entre arrastrar canjilones ó girar en una noria verbenera con una moza sobre los lomos no hay duda en la elección. Es una gran fortuna la de este caballo, que lejos de ayudar al hombre necesita la ayuda del hombre para ser cosa útil. Porque el hombre es un animal que no estima el bien.

¡Oh! Pero el caballo fisiológico le lleva una ventaja á este del artilugio: que no ove la música de los organillos. Bien es verdad que la falta de sentidos corporales le permite al de madera, mi amigo, gozar también de esta ventaja. Decididamente, la suerte está á favor en todo momento.

—

¡Su triste fin!

Yo he visto en el patío de una posada yacer entre montones de leña un caballo de Tío Vivo. Descuartizado, hecho astillas materialmente como un caballo de carne y hueso.

Y yo, el hombre que ha puesto en estos caballos una atención sentimental, me he conmovido como ante el cadáver de un pariente.

Y vi luego cómo los miembros del caballo de madera, comidos de carcoma, iban á ser echados al fuego.

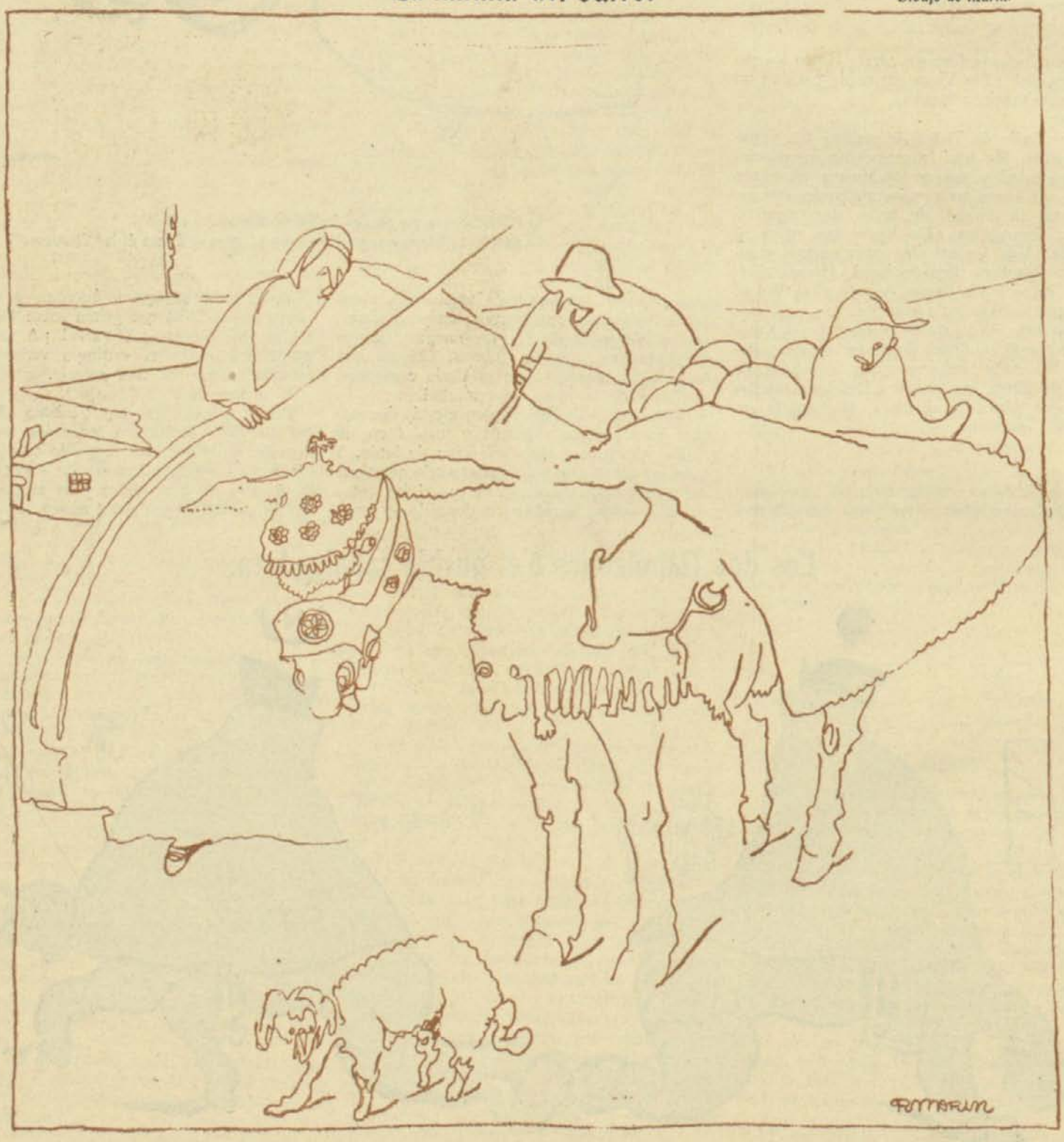
Decididamente, el hombre es el mayor enemigo del caballo. No aprecia sus servicios con un respetuoso final para su vida. Para los de carne ha inventado las Plazas de Toros. Y estos del tío vivo, que tanto nos divierten, tienen el mismo fin que unos despreciables leños...

¡Bendita sea la Santa Inquisición igualatoria! Torquemada ha puesto un mesón. Espera la venganza de los caballitos del tío vivo, ¡oh humanidad!

Ceferino R. Avecilla.

La familia del burro.

Dibujo de Marín.



¿Cuál de los cinco tiene la mirada más inteligente?

© Biblioteca Nacional de España

El caballo de carreras.

Dibujo de Marín.

I

Conchita Pinares hizo un gesto de asombro. De indignación no era posible porque Conchita Pinares estaba demasiado acostumbrada á que la desearan los hombres y se lo dijeran.

Después el asombro se cambió en curiosidad, y por último Conchita Pinares encontró divertido el momento é interesante el hombre.

El hombre era menudo y nervioso, con los brazos simiescamente largos, las piernas fuertes y abiertas en arco, y el rostro seco, agudo de perfil con la nariz larga, los ojos claros de pescado, la boca sumida y el pelo asomándose á las sienes ralo y húmedo como el de un tuberculoso. Tipo exacto, decorativo, representativo del jockey.

Hablaban en la terraza del palacio. Debajo de ellos sonaban las ruedas y los relinchos de las tardes plácidas de Mayo en la Castellana. Hasta ellos subían las copas frondosas de los árboles y el suave dulce perfume de las rosas nuevas. Sobre ellos el cielo era de una amplia serenidad azul.

Hablaban en inglés. Jack Collins, un inglés gutural áspero que apenas le abría los labios exangües y le descubría los dientes blancos y lobunos. Conchita Pinares, un inglés cantarín, apicarado de *girl* de *music-hall*.

Conchita Pinares había llamado á Jack Collins para hablarle de *Vortex* el caballo que había de correr al día siguiente en el Hipódromo, y Jack Collins se la declaró entre cínico y sentimental.

Conchita Pinares era de la más rancia aristocracia española. Su marido, el marqués de Santa Cruz de los Murviedos tenía una de las mejores cuadras y una de las mejores pastas de marido español que para sí quisieran más de la cuarta parte de los españoles.

© Biblioteca Nacional de España

Estaba tan enamorado de su mujer que siempre tenía celos de todos los amigos menos de uno. Este uno se renovaba con mucha frecuencia, con la misma frecuencia que los ayudas de cámara ó que las doncellas, aunque por distinto motivo.

Las doncellas le gustaban al señor Marqués de Santa Cruz de los Murviedos, y no todos los ayudas de cámara le gustaban á Conchita Pinares.

Ni Jack Collins le gustaba tampoco. Por eso cuando el jockey se la declaró con todo cinismo y toda sentimentalidad perfectamente sajonas, Conchita Pinares se asombró, le miró con curiosidad y por último coqueteó con él.

Y como en inglés las palabras no son para una española tan descarnadas como en español, Conchita Pinares le prometió á Jack Collins que si *Vortex* triunfaba al día siguiente en las carreras no tendría inconveniente en celebrar de algún modo el éxito de las cuadras de su marido.

Todo ello era perfectamente tradicional. A través de los siglos los hechos se repiten. Campos de liza ó pistas hípicas, justador ó jockey, ventanal gótico ó alto asiento de *mail coach* es lo mismo para estos juegos de amor ó de lujuria donde intervienen un hombre, un caballo y una mujer.

II

Al día siguiente en las carreras Conchita Pinares y Pepe Espinosa el amigo de turno hablan en perfecto y castizo español, donde se llama á la cosa por su nombre y á los afectos por sus mentiras respectivas.

En torno de ellos están los coches y las tribunas medio vacías. Detrás de ellos el cerro donde se agrupan los golfos, las niñas cursis y donde se vocea agua de vaseras, naranjas y el «programa», que nadie compra. Sobre ello, el cielo azul, limpio de nubes.

Pepe Espinosa que ya se sabe de memoria el amor y el desamor de Conchita Pinares, que también se sabe de memoria la cartera del Marqués de los Murviedos, está serio, preocupado y se muerde los labios sin cuidarse de que el bigote rubio—¡oh adorable bigote rubio! que á Conchita Pinares le parece tan seductor después de la boca afeitada de Manolo Caltañazor, el bigote negro de Tonito Villegas, la barba del conde de Navacerrada, y los bigotes blancos del marqués de Santa Cruz de los Murviedos—se le descompone.

—¿Qué te pasa?—pregunta Conchita Pinares.

Y como ayer el jockey, Pepe Espinosa se confiesa. No tiene dos pesetas. Está en ese cuarto de hora decisivo de los hombres guapos, que tiran bien á las armas y tienen un título nobiliario.

—¿Cuánto te hace falta de momento?

Pepe Espinosa se encoge de hombros.

—¡Qué sé yo! Diez, quince mil pesetas. Debo á medio Madrid...

—Pues con diez ó quince mil pesetas no pagarás.

—Es que esas pesetas no son para pagar. Las necesito para mí.

Conchita Pinares duda un momento. Luego se decide. Ya está arreglado. Pepe Espinosa pide el dinero al marqués de Santa Cruz de los Murviedos, lo apuesta por *Vortex* y dentro de media hora no tendrá que morderse los labios rojos ni descomponerse el bigote rubio.

Y como en aquel momento el marqués viene orondo y sonriente de ver pesar á su jockey y como siempre lleva varios talones en blanco dentro de la cartera, Pepe Espinosa se decide á solicitar el préstamo.

III

Vortex llegó á la meta con tan mala fortuna que Jack Collins perdió estribos y se rompió el cráneo contra el suelo y una bocanada de sangre espumosa le salió de los labios finos y sumidos.

Un grito de horror estremeció la pista.

Luego, bajo el cielo serenamente azul, se fué vaciando poco á poco el Hipódromo.

Conchita Pinares sonreía. Pepe Espinosa pensaba en las cosas que se podían hacer con aquellos miles de pesetas que tan inesperadamente se encontraba en el bolsillo. El marqués de Santa Cruz de los Murviedos recibía felicitaciones. *Vortex* resoplaba bajo las mantas que cubrían sus carnes sudorosas humeantes.

Y Jack Collins, blasfemaba y juraba con palabras inglesas que no están en los diccionarios ingleses ni mucho menos se pronuncian en las *saunter school's* de todo el mundo.

José Francés.

Mi tío.

Mi tío es marqués. Mi tío es muy rico. Mi tío es alcalde de mi pueblo.

Ha llegado á Madrid para ver al ministro y lograr una cosa que hace en aquella tierra mucha falta: no sé si es derrumbar el castillo ó si es reedificarlo; si encerrar anarquistas ó soltarlos á todos; si combatir la filoxera ó cultivar tabaco donde están los majuelos. En fin, mi tío se fué derecho de la estación al ministerio, porque ya se había puesto la bimba y la levita en el *sleeping*, y ustedes habrán leído que en mi pueblo hacen esto, lo otro ó lo que sea.

Yo, no; yo debo un mes de casa y estoy loco buscando dinero, sin meterme á husmear noticias de política. Cuando yo vi á mi tío, no iba con el cacique de la Gobernación. Era el amanecer; charlaba yo en un grupo en la acera del café Colonial y vi venir un coche que se paró á la puerta del hotel París. No salía nadie del vehículo; miré y, sin ser notado, reconocí al eximio alcalde. Como siempre, más gordo que siempre, con sus sesenta y pico de años maravillosamente conservados por las trufas de Perigord, los sangrantes chateaubriands y el jerez 47. Pero mi tío no estaba solo; unas rodillas femeniles salían á su derecha, bajo la capota del milord pesetero.

Una súbita alegría, una grata sorpresa, me invadieron, y di un paso para ir á abrazarle. Me contuve; temí ser más indiscreto que sobrino. El municipal marqués habló plácidamente, alargó luego el brazo, pagó al cochero, bajó solo y se metió en su fonda. Después, al dar la vuelta el coche, vi á la mujer: *la Ansiosa*, hermosa sinvergüenza amiga mía, de lo más *chic*, más caro y más lujoso de esta villa y corte.

—Adiós, chica.

—Adiós, chico.

Y un poco envanecido de ver que, ya que no yo mismo, alguien ha representado á mi estirpe junto á ella, la grité:

—¡Ese, es mi tío!

¿Para qué detenerla y preguntarle? Mi tío es rumboso con las hembras; mi tío ha escrito algunas páginas gloriosas en la historia del amor andaluz; mi tío ha ganado más honores de devoto de Venus que de jefe de Administración civil, aunque Moret le regaló una vez con un decreto todos los que corresponden á ese cargo.

Cuando se alejó el coche, medité. Yo estaba sin dinero; aquella aparición era la Providencia. Y como, desgraciadamente, no soy apto para el sablazo oral, porque me azaro, se imponía la epístola: «que supe la llegada, que estaba enfermo, que patatín, que patatán... que me hacían falta veinte duros».

La llevaron al hotel; mi tío estaba durmiendo. Volvieron luego por la contestación: ya se había ido. Entonces decidí ir yo mismo y contarle que había dejado el lecho del dolor (de los dolores, porque pensaba exagerar bastante) en aras del amor á la familia. Fuí seis veces y no le hallé ninguna.

Le he visto en el paseo de coches del Retiro, pero iba con Navarro Reverter; le he visto en Lhardy, pero se ha metido restaurant adentro, y era un poco violenta la cacería del billetejo. Decidí aguardarlo contando todos los cachitos de oro de cuantos cachivaches tenía el escaparate de una tienda de incrustaciones que hay enfrente; llegó Felipe Trigo, de quien no vuelvo á leer una novela; me charló, me distrajo... y se escapó mi tío.

En fin, pensé jugar la última carta, es decir, escribirla. Y al enviar por la respuesta, va el alcalde camino de su Ayuntamiento en el expreso.

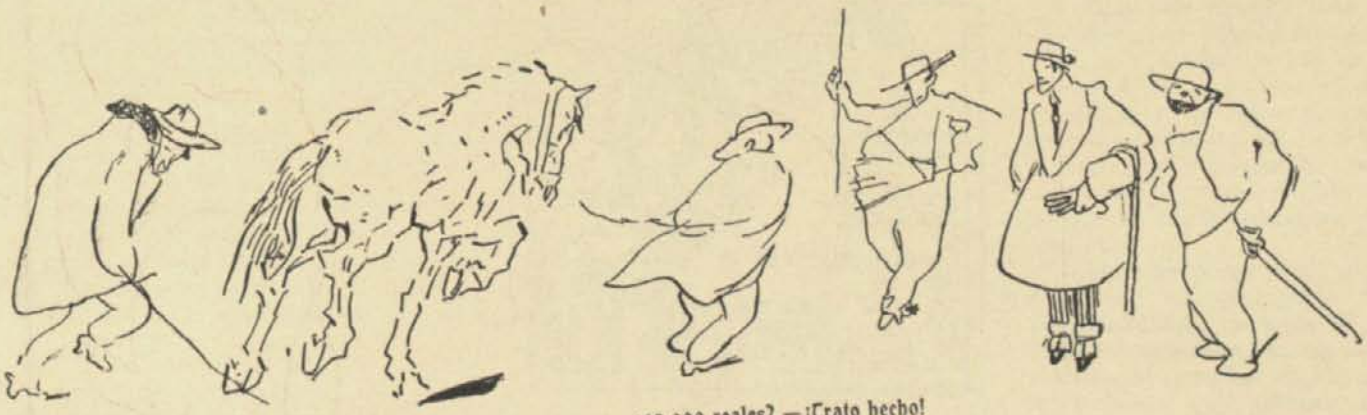
Pero me ha contestado: siente no haberme visto y siente no poderme complacer, porque los tiempos están malos. ¡Con qué afecto me escribe!

Allá va la ventura de mi patria; allá va el decreto del cuartel nuevo, del pantano, si no descarrila; que quiera Dios que... no. Tal vez saldrá á esperarlo la banda de música; seguramente cuatro ó seis ediles; acaso los maceros con las porras de plata y las rojas dalmáticas solemnes.

Entretanto, yo he visto á *la Ansiosa*, que, otra vez en coche, quizá volviendo de *soltar* á otro señor, me ha mirado, se ha erguido, y

© Biblioteca Nacional de España

Vida y muerte del caballo Babieca.



—¿12.000 reales? —¡Trato hecho!

Pro Patria.

¡La niña se muere!

Llegamos á tiempo.

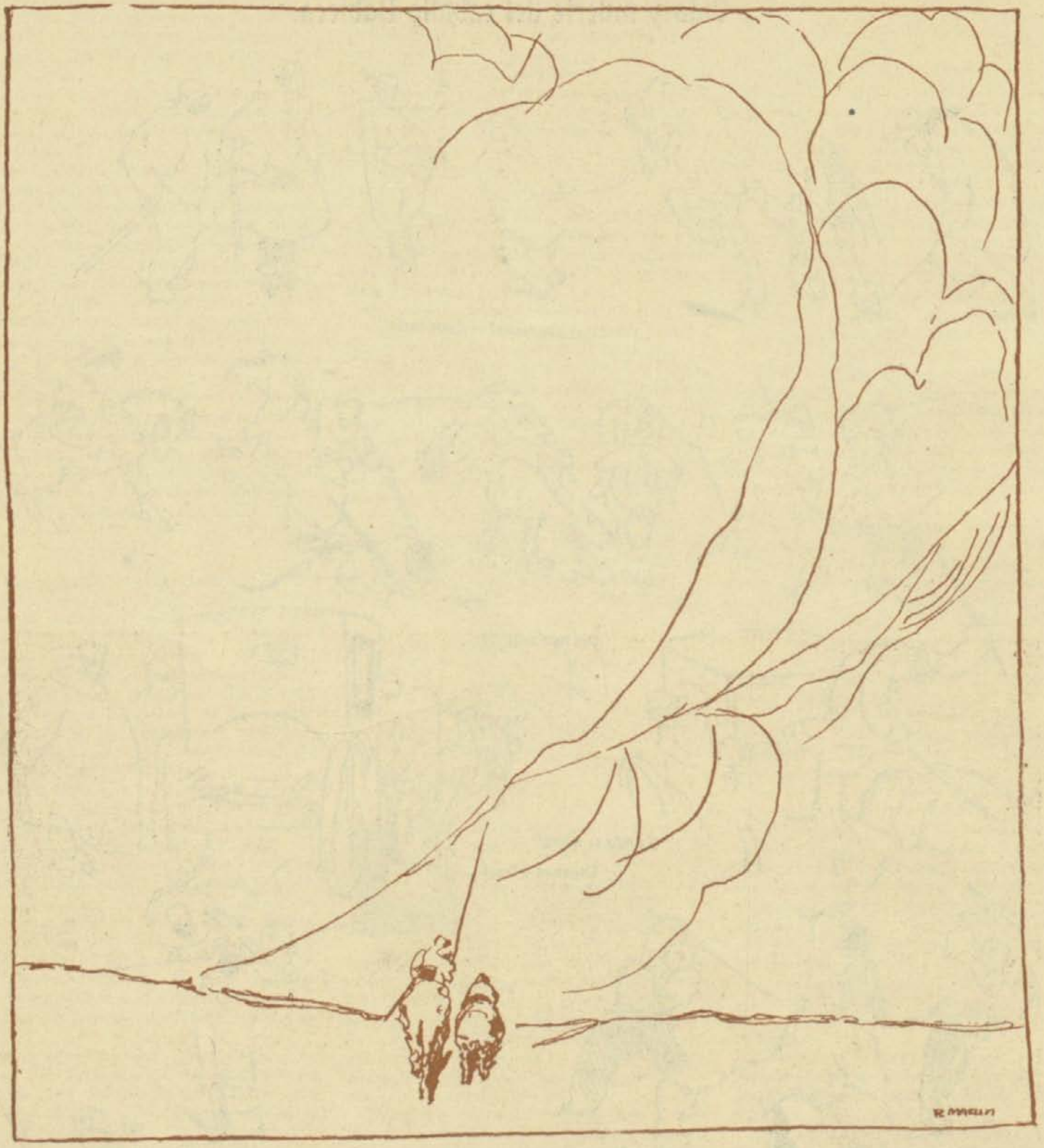
¡Caballos! ¡Caballos!

NOTA.—(El suero Roux sale del caballo y en Madrid hay mucha difteria.)

© Biblioteca Nacional de España

La romería de San Antón en la Mancha.

Dibujo de Marín.



(Siglo XVI al XVII.)
Un burro, un caballo, un corazón y un estómago.

llevándose la mano á un sombrero descomunal, soberbio, de cuarenta duros, me ha gritado riéndose:

—Mira. De tu tío.

¿Qué más da que me plante el casero en la calle, si puedo darme tono? «¡Mi tío es marqués; mi tío es muy rico; mi tío es alcalde de mi pueblo; el sombrero de *la Ansiosa* lo pagó mi tío!»

Joaquín López Barbadillo.

El caballo de noria.

Junto á la alberca de roca
cuyo líquido se riza
bajo el soplo perfumado
y amoroso de la brisa,
y cerca de dos acacias
que humildemente se inclinan
para dar sus besos suaves
en las ondas de la linfa,
da vueltas pausadamente
un caballo que camina
por un estrecho sendero
que ni comienza ni expira.

Mueve el caballo en el curso
de su carrera continua
un rosario de arcaduces
llenos de agua cristalina
que desde un caño herrumbroso
sus claras hebras deshila
para llevar á los campos
el raudal de sus caricias.

Tiene el caballo una venda
delante de sus pupilas,
y, aunque á su triste destino
parece que se resigna,
conserva restos visibles
de su vieja gallardía.

Tal vez ostentó en su lomo
los primores de una silla;
tal vez ciñeron su cuerpo,
entre brillantes hebillas,
un pretal resplandeciente
y una charolada cincha;

© Biblioteca Nacional de España

tal vez dirigió su marcha
la mano pálida y fina
de una amazona arrogante,
flexible, grácil y altiva,
mano que trenzó en sus crines
un loco temblor de cintas.

O, quizás, en sus ijares
hundió la espuela pulida
un dorcel que vió la torre
luminosa de la dicha,
y después de la carrera
dobló su cerviz vencida,
al encontrar en la torre
las amplias salas vacías...
¡ Pobre corcel de otros tiempos,
es tu desventura digna
de compasión, y tu suerte
sólo compasión inspira!
¡ Pobre corcel de otros tiempos,
tu desventura es la misma
de los mortales humanos
porque también la desdicha
nuestra es dar vueltas en torno
de la noria de la vida!

G. González de Zavala.

EX-LIBRIS

Doy mi palabra de honor de que no conozco al *Duende de la Colegiata*. Jamás lo he visto. Nunca le he pedido nada, ni pienso pedírselo, conste.

Pues bien; siento la nostalgia de las crónicas de ese hombre. Yo, como toda España, me las tragaba de una sola vez. En esas crónicas siempre se veía á su autor en un aspecto simpático: al lado de los miserables, unas veces; otras, pretendiendo dignificar la clase de unos empleados misérrimos; lanzando á la publicidad nombres obscuros de inteligentes y trabajadores.

Estaba bien aquello. Bien orientado é incansablemente seguido el camino.

¿Que el *Duende* no era literato? Sí, señor. Yo recuerdo, ahora mismo, crónicas tan interesantes y tan bien escritas como las siguientes: «Ramón del Valle Inclán», «Doña Emilia», «El obispo de Jaca», «María y Fernando», y otras muchas que acreditaban al que las escribió de moderno escritor y periodista.

Hace muy pocos días, y en estas mismas columnas, un distinguido cronista publicó una semblanza, en tonos y párrafos hinchados, de ese ilustre Manco, del cual podemos decir: que si no fué en Lepanto, pudo serlo. Pues bien: aquí tenemos la demostración buscada.

La semblanza que hizo el *Duende* de D. Ramón, con una sencillez y una ligereza admirables, es de una superioridad de realce á la del distinguido cronista.

No basta, no, escribir mal. Esto lo consigue cualquier hombre inteligente á fuerza de *entrenarse*. Hacen falta ideas modernas, facilidad, instinto de lo ameno. Y esto le sobra al *Duende*.

La musiquilla gramatical y estúpida, el

En las cercanías del Teatro Real.

Dibujo de Marín.

El caballo: Yo, la verdad: prefiero á Wágner, porque tardan más en acabarse las obras.

© Biblioteca Nacional de España

estilo falsificado, de colorines, eso está al alcance de cualquier cronista.

Y las cosas del *Duende* eran muy interesantes, ¡qué diablo!

P. I. H.

—

Nosotros hemos querido festejar hoy á San Antón, que no en balde somos madrileños y alegres.

Y he aquí que en las páginas de este número hemos puesto un elogio ó un comentario á los pies de los caballos nuestros amigos.

Queremos ser así; santificadores de todas las fiestas. Y por eso iremos á la pradera del Corregidor el Miércoles de Ceniza, y á San Antonio en la primera verbena, y á la Cara de Dios el Viernes Santo, y á la Plaza de Toros cada domingo.

Porque hay que espaciar las amarguras cotidianas de vivir con estas alegrías circunstanciales.

—

Pepe Francés—nuestro Pepe Francés—habló el martes en el Ateneo de «Las mujeres de Benavente»—nuestro también.

Y he aquí que podríamos hoy hacer un elogio de Pepe Francés lleno de exaltaciones y ofrendar «al padre» otra vez más un gran manojo de flores retóricas. Pero no, no... Para despertar un poco de emoción en «el conferenciante» fueron suficientes los aplausos de las lindas madamitas que escucharon su voz en el Ateneo. Y en cuanto á Jacinto Benavente ya está todo dicho.

¡Oh! aquellas lindas mujeres que aplaudían... ¡Quién sabe si eran algunas de las «mujeres de Benavente»!

En todo caso, arreboladas é inquietas por la emoción, eran por el momento las «mujeres de Francés»...

—

Tórtola Valencia ha vuelto á nosotros. Tórtola... la definitiva, la desconcertante, la excepcional, la suntuosa. La bailarina del dolor y de la tragedia; de la serenidad y de la alucinación.

Tórtola, como el año pasado, trenza la armonía con las puntas de sus pies sobre el tabladillo polvoriento de un grotesco teatrillo ínfimo. Y sin embargo, su solemne majestad pone bajo aquellas bambalinas una nobleza momentánea. Pero tan fuerte que cuando salen á mayar canciones canallas las lamentables bellezas profesionales del cine, hay en cada espectador un recuerdo para Tórtola.

Y el «ven y ven» huele á incienso.

Bendita y alabada sea la armonía de Nuestra Señora.

Nuestro Emilio Carrére ha publicado en estos días un libro primoroso: «La Madre Casualidad», editado por Renacimiento.

Nosotros enviamos á esta simpática Casa Editorial la más efusiva enhorabuena.

—

También en estos días se han enriquecido los escaparates de los libreros con la segunda edición de «El Encanto de la Bohemia». Ese libro amargo, ponzoñoso, sentimental, cruel, suicida y sonriente como el poeta.

También felicitamos á los editores. Y guardamos el secreto.

Porque Emilio Carrére—cuyos labios tienen un madrigal para cada prostibularia y una rosa para cada úlcera de la carne podrida—no se entera nunca de estas cosas...

—

Nuestro amigo *A B C* nos dedica unas líneas en la sección *Gedeón* del último domingo. Y estas líneas nos han inquietado un poco. Porque no hemos podido entender si nos elogia ó nos censura. En todo caso, gracias por algunos renglones de la gacetilla para la sombra de Maquiavelo. Y eso no está bien, ¡qué caramba! La ironía que dirige á unos estimables amigos es demasiado cruel, la verdad.

No hay que ser así...

¿Por qué **Faustino Frutos** no es partidario del **Gallo?**

Porque vende unos muebles muy baratos que valen un "**Imperio**".

PAZ, 15.—MADRID

LA PIANOLA

no es un aparato puramente mecánico, como algunos suponen sin conocerle, por creer Pianola á todos los aparatos tocadores, y no es así, puesto que Pianola sólo se llama al aparato fabricado por The ÆOLIAN Company.

CERTIFICADOS

Todo aquel que desee oir tocar el piano de una manera impecable debe comprar una PIANOLA.

I. J. PADEREWSKI

Considero el METROESTILO indispensable al PIANOLA y he indicado mi interpretación en varias composiciones con mucho interés.
Ya conocen ustedes mi opinión sobre el Pianola, pero tengo mucho gusto en decirles que el nuevo PIANOLA-METROESTILO es aún más notable.

I. J. PADEREWSKI

:::: Salón ÆOLIAN--R. CAMPOS ::::

Calle de Nicolás María Rivero, 11.--MADRID

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado X se envia gratis á quien lo solicite.

© Biblioteca Nacional de España

Para la cuesta de Enero.

¿Dónde se encuentran las cosas de capricho y económicas para regalos, como cestas, bandejas, pulardas, faisanes, capones, terrinas de foiegras, frutas de la Habana, jamones de York, Avilés y Trevélez, frutas francesas, turrones, mazapanes, champagnes, licores, vinos del Rhin, viejísimos, Borgoña, Bordeaux y Oporto; galletas inglesas y francesas, como también los ricos mariscos y pescados que expende en la sección de pescadería?

Casa de Angel Fernández.

Cedaceros, núm. 14.

ESQUINA A ARLABAN.—TELEFONO NUMERO 499.—**MADRID**

VEASE LA EXPOSICIÓN

Queen Quality CALZADO

En nuestra opinión no hay nada demasiado bueno para el Bello Sexo. Y con esta idea como norma es que hemos escogido el calzado "Queen Quality" para ofrecer á nuestras damas, en la certeza de que no han de encontrar en él nada que no corresponda al grado más alto de elegancia y buen gusto.

EUREKA

Nicolás María Rivero, 11.

Versallesca.

– ¡Qué reverencia tan elegante, duque!
– ¡Oh, marquesa, más elegantes son las novedades que en sombreros tiene la casa de G.ª de Francisco. Carrera de San Jerónimo, 28. Madrid.

Agua de Carabaña.

Purganta de fama mundial.

Biedma, Fotógrafo

GALERIA DE PRIMER ORDEN

Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

El Gran Bufón.

Precios de Suscripción.

Madrid y provincias: Semestre, 6 pesetas; un año, 10 ídem.
Portugal: Semestre, 7 francos; un año, 12 ídem.
Extranjero: Semestre, 8 francos; un año, 15 ídem.

Imprenta de Antonio Marzo. San Hermenegildo, 32 dupdo.—Fotograbados de Enrique Blanco.—Papel fabricado especialmente para EL GRAN BUFON por la Papelera Madrileña

Prohibida la reproducción de texto y grabados.

© Biblioteca Nacional de España

Caza mayor.

Dibujo de Marín.

—No me atrevo á anunciar pieza á la vista. ¡Qué más pieza que la cartera que están discutiendo!

© Biblioteca Nacional de España